

RESEÑA

RAFAEL SAGREDO BAEZA, *Alberto Edwards, profeta de la dictadura en Chile*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2024, 340 págs.

Si hace dos siglos Andrés Bello y José Victorino Lastarria discutían respecto a cómo debía escribirse la historia de Chile, ahora resulta necesario conocer mejor quiénes eran los que documentaron esos acontecimientos, cómo pensaban y cuál era su interés en registrarla. En esta línea, el último libro de Rafael Sagredo entrega luces sobre uno de los intelectuales más influyentes del siglo XX, como lo fue Alberto Edwards y su obra *La Fronda Aristocrática*.

En términos formales, es una obra dividida en dos partes. La primera corresponde a un estudio dedicado a Edwards y a lo que Sagredo denomina como “la solución autoritaria”. Y, la segunda, a la *Evidencia Documental*, una selección de textos de Alberto Edwards. Tal como caracteriza a los libros de Sagredo, está muy bien escrito, documentado y es analítico. Algunas de estas reflexiones aparecen como notas al pie, poseyendo el mérito suficiente como para haber sido parte del texto y complejizar el debate. Asimismo, es interesante ver, gracias a su inclusión en el libro, las imágenes de las portadas y la relevancia que tenían estas en la transmisión de una idea. A ellas se agregan otras fotos que siempre son bienvenidas, tales como retratos de Edwards, caricaturas y recortes de diario.

El autor declara al inicio que uno de los objetivos más importantes es “identificar el origen del oráculo autoritario”. Este se justificaba teniendo la valoración de la obra de Alberto Edwards: “considerado por muchos el texto histórico más agudo e influyente alguna vez publicado en Chile” y que Sagredo lo iguala al resto de sus ensayos, los cuales, dice este autor: “constituyen un alegato político sustentado en la historia”. En esta misma línea, Sagredo critica la visión de Edwards: “fue un hombre que tuvo la pretensión de mirar el futuro, pero que lo hizo capturado por el pasado [...] se empeñó en difundir una visión de la historia que en realidad era un proyecto político, una ideología, para cuyo servicio usó y abusó de la historia” (pp. 12 y 13).

La tesis es arriesgada y provocadora, tal como se insinúa tanto en el título del libro, *–Alberto Edwards profeta de la dictadura en Chile–*, como en las imágenes de su portada con las fotos del general Carlos Ibáñez del Campo en la parte superior y la del general Augusto Pinochet en la parte inferior. No es necesario leer el libro para inferir que lo que se está asumiendo, detrás de cada una de esas dictaduras que sufrió Chile en el siglo XX, estaba la ideología del historiador, cuestión que demuestra para el primer caso, quedando en deuda para el segundo.

Sagredo, tal como señala en el libro, realiza una genealogía de cómo Edwards fue elaborando su pensamiento autoritario y antidemocrático a través de diversas corrientes intelectuales del siglo XIX (Spengler, por ejemplo), los acontecimientos de su época

(expansión del fascismo, por citar un caso) y una visión sesgada de lo que había sido la historia de Chile durante el siglo XIX, como también el rol del ministro Diego Portales dentro de este relato.

A través de diversas cartas al director, columnas de opinión, discursos, cuentos y novelas analizadas por Sagredo, el autor muestra cómo se fue fraguando el que sería el libro más importante de Edwards y una de las interpretaciones más influyentes de la historia de Chile: *La Fronda Aristocrática*. Este trabajo, agrega Sagredo, “fue publicado originalmente como una serie de artículos en *El Mercurio* de Santiago a partir del 13 de agosto de 1927 por E.U.P.” que quería decir “El Último Pelucón”, en alusión al grupo conservador que libró la batalla contra los liberales en Chile, un siglo antes.

Sin embargo, antes de entrar en ese análisis, resulta fundamental comprender, tal como indica Sagredo, que Alberto Edwards, antes que un historiador, era un político. Él, más que estar al servicio de la historia, la utilizaba con fines políticos. En este caso, demostrar la decadencia de un régimen parlamentario y su posible solución a través de un régimen fuerte liderado por una figura autoritaria.

De igual manera, vemos cómo diarios como *El Mercurio*, en una práctica que se utiliza hasta el día de hoy, impulsan y fomentan a intelectuales para dar a conocer, a través de ellos, su propia forma de pensar y ver el mundo. No es muy diferente a lo que hacía este diario a través de Edwards y su particular comprensión de la historia, en la que seleccionaba aquellos hechos que le resultaban útiles para construir sus teorías del problema que tenía Chile y la forma de solucionarlo. Mientras, el diario de su familiar lo promovía como “uno de los más ilustrados historiadores jóvenes, muy moderno en la concepción de la historia” (p. 54).

A Alberto Edwards le tocó vivir un momento crucial para la democracia en Chile y el mundo. En el relato aparece el surgimiento del fascismo italiano y los beneficios aparentes que provocaron en Italia los primeros años de Mussolini. Algo similar sucede en España con Primo de Rivera. Para el caso de Chile, el país vivía los últimos momentos del sistema parlamentario, decadencia que Alberto Edwards atribuía a la democracia, en un pensamiento muy similar al de Diego Portales y respecto al cual se podría haber profundizado un poco más. Resulta inevitable, a partir de algunas de las citas de Edwards sobre esta forma de gobierno, recordar esa famosa carta de Diego Portales a José Luis Cea de 1822: “La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República”. En esta línea, el pensamiento de Alberto Edwards tenía poco de original.

Es en este contexto de crisis en que estaba la democracia que, con la liviandad que otorga una pluma, Edwards y su idealización de Portales y su régimen lo llevan al delirio de proponer la sublevación del orden establecido, promoviendo, incluso, un nuevo Lircay (p. 53). Envalentonado con las circunstancias y el creciente interés que provocan sus ideas, no tiene dificultades en autodefinirse como: “un monarquista y aristócrata” (p. 71).

El posicionamiento intelectual de Alberto Edwards y el prestigio que fue adquiriendo, sumado a la crisis política que vivía el país y que él había advertido, en su calidad de “profeta”, terminan transformando al ideólogo teórico en ministro de uno de los gobiernos más controvertidos del siglo XX, como lo fue el primer mandato de Carlos Ibáñez del Campo. Aquí Sagredo es generoso en mostrarnos de qué forma la construcción teórica fue incapaz de dar respuesta a la cruda realidad que le tocó enfrentar ya no en su posición de columnista, sino en su rol de ministro, y las consecuencias que tuvo para su salud e imagen pública.

En las apologías de Portales, vemos al régimen conservador acabando con una supuesta anarquía y estableciendo las bases de este sistema excepcional, pero pocas veces quienes alaban este régimen, ven la sangre o comprenden las desgracias humanas que están detrás de estas medidas. Edwards se topó de bruces con esta realidad y, aunque no lo dice Rafael Sagredo, parte de la enfermedad que lo llevó a la muerte debió haber estado influida por esa crisis personal que significó ver cómo sus elaboradas y celebradas teorías se caían a pedazos frente a la decadencia del régimen de Ibáñez.

Hay dos aspectos con los que el autor, a mi juicio, queda en deuda. El primero, esperaba una análisis más sistemático y acabado de la obra consular de Edwards –*La Fronda*–, y las repercusiones que tuvo. Partiendo por el mismo concepto de fronda que, aunque menciona (cita 95), resulta insuficiente para justificar un término que es clave. Sería interesante revisar de qué otras fuentes y experiencias se nutrió (una de ellas pudo haber sido la lectura de *Histoire de La Fronde* de Sainte-Aulaire de 1827 y el rol de este grupo previo a la Revolución francesa). El análisis del libro de Edwards merecía más páginas que, por ejemplo, la exposición en el Teatro de Santiago que, aunque valiosa por las ideas que ahí se develan, no es más que un discurso elaborado para causar impacto en la audiencia.

La segunda deuda: la extensión de la justificación del régimen autoritario que defendía Alberto Edwards hasta 1973, aunque plausible, está lejos de quedar demostrada. Es útil como gancho editorial y provocadora, pero merece una segunda vuelta en la que se podría considerar no ya la genealogía del pensamiento de Alberto Edwards, sino la segunda vida que tuvo a través de *La Fronda* y sus repercusiones hasta hoy. Incluir a Pinochet en la portada no es muy diferente a lo que hacían los editorialistas de Edwards con las imágenes de Portales e Ibáñez del Campo en sus respectivas ediciones.

Respecto a la segunda parte del libro, titulada como *Evidencia Documental*, Rafael Sagredo incluyó varios textos que sirven como registro de primera mano que permiten evidenciar las conclusiones que extrae en su estudio, confrontar estas ideas o sacar nuevas hipótesis. Sobre esta parte, dice el autor: “es posible identificar la naturaleza fundamental de la ideología conservadora, incluso reaccionaria, autoritaria, elitista y en definitiva antidemocrática del alabado historiador y desacreditado político” (p. 150).

Finalmente, Rafael Sagredo, a diferencia de Edwards, es un historiador. Su compromiso no es político, en el sentido partidario e ideológico, pero sí en el rol social que deben tener los historiadores para entregar herramientas a los ciudadanos que permitan comprender mejor el presente. En esta línea, su libro es un aporte en una época, como él mismo indica, en la que se menosprecia la democracia, aumenta el populismo y con él, las soluciones

facilistas como los gobiernos autoritarios. Las ideas de Edwards y su intento de aplicarlas en la práctica es una historia que merecía un trabajo como éste. Por esto, tal como señaló Arturo Alessandri: “es digno de meditación y enseñanza para los espíritus extraviados que muchas veces piensan en aquellos regímenes bastardos como una panacea o una salvación” (p. 149).

GONZALO SERRANO DEL POZO  
Centro de Estudios Americanos de la Universidad Adolfo Ibáñez